

LAS MÁSCARAS DEL OTRO

Fernando Joya Zamorano

LAS MÁSCARAS DEL OTRO

Primera edición: noviembre 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Fernando Joya Zamorano

ISBN: 979-13-88411-68-7
ISBN digital: 979-13-88411-69-4
Depósito legal: M-27415-2026

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Maruxa Jaime, cuyos comentarios valorativos de alguno de los relatos me han animado a mejorar y concluir este libro.
A Jordi Zaragozá, que me ha permitido utilizar sus fotos de máscaras tribales para la portada de este libro.
A Eduardo Cacho, quien ha aportado sugerencias y correcciones a las historias.
A Mireya Joya y Ana Joya, que han trabajado conmigo y me han espoleado con sus comentarios.
A Víctor Riverola, figura inspiradora de algún cuento.
Y, desde luego, a mi esposa, Andrea Villanúa, sin cuya inestimable ayuda no podría haber imaginado ni escrito las narraciones que aquí figuran.

PREÁMBULO

Amigo lector, si lees con atención este cuaderno verás en él cuevas, mares, asesinos, cielos, locos, sabios, subterráneos, ciudades del presente y del pasado, magias, amores, tristezas y sutiles labores detectivescas, y tales paisajes del mundo, o del alma, se te clavarán en las vísceras si pones en comparsa el quicio de la razón y el del sentimiento.

A veces aparecen secretos inconfesables y miradas inesperadas que se clavan como lanzas en el pecho. A veces hablan gentes ilustres y a veces es la pasión quien habla. Los relatos desvelan rostros amables y rostros terribles: el rostro de un asesino, el rostro del que te traiciona, el de aquel que querrías haber sido, el rostro que ocultas con tanto empeño, el rostro del amor, tu propio rostro inquisitivo… o el rostro inaprehensible de un dios posible e imposible.

Este conjunto de *ficciones* —de sueños, quimeras, anhelos, indagaciones, misterios, de relatos a modo de ensayo— es una región de intrincados caminos y de variados y sorprendentes paisajes; de personajes, asuntos y aconteceres de intenso colorido, que se encargan —con el amor, la muerte y la turbadora presencia del «otro» habitando cada línea— de organizar una fiesta para los sentidos. El lector puede encontrar a Borges, a un asesino en serie, puede tropezarse con la alquimia o sentir la emoción de los amores platónicos, puede vivir con los gauchos o en *Las mil y una noches*, puede sentir las últimas horas de una moribunda, adentrarse en los misterios de la mecánica cuántica, saborear un monólogo filosófico acerca de Dios e, incluso, puede participar en la zozobra de escribir un cuento.

Luchas, amores, magias, laberintos, misterios, venganzas… vagan por el libro en busca de lectores a quienes desorientar y deslumbrar. ¡Ojalá los encuentre y les complazca!

EL OTRO

¿Pues quién podrá soportar los azotes y las burlas del mundo, la injusticia del tirano, la afrenta del soberbio,
la angustia del amor despreciado,
la espera del juicio, la arrogancia del poderoso, y la humillación que la virtud recibe de quien es indigno, cuando uno mismo tiene a su alcance el descanso?

Soliloquio de Hamlet, acto III, escena I, Shakespeare

El cuchillo se introdujo en las carnes sin provocar dolor. El sujeto se mantuvo un instante marmóreo, detenido, y toda su vida le pasó girando. Acto seguido se le quebró la quietud en los ojos, que se abrieron con sorpresa o incredulidad: no creía él que morir fuese tan simple, que produjese una sensación tan poco letal. Los mismos ojos mudaron después a la severidad, quizás al arrepentimiento. Inmediatamente se ladeó hacia el costado derecho, se le desmayaron los tendones y la masa muscular, dio un respingo y cayó al suelo hecho un rebujo. El hombre quedó tumbado en el suelo con el cuchillo clavado en el pecho.

José Bonés tenía previsto el suicidio desde mucho tiempo atrás, desde que tuvo el convencimiento de que nada le ataba a una vida de continuo sufrir. La idea mortuoria le rondaba como ronda un enamorado a su amada; y en ese rondar le acompañaba el desánimo sin paliativos de cada instante, el sentimiento de estar *por de más* en la vida. Había resistido hasta entonces por su obstinación en

evocar recuerdos, y de esa obstinación había ido sacando fuerzas para vivir hasta el día de autos.

Llevaba varios días trabado entre decidir y recordar; tal vez esperando encontrar en su memoria nuevos rescoldos de gozo que le empujaran a vivir. Pero no halló, a su pesar, sino pavesas. Pavesas y dolor…, mucho dolor, porque de aquellos jirones de pasado siempre surgían tormentos. Cada momento festivo evocado concluía ultrajado por otros momentos trágicos. En el agridulce sabor del pasado siempre prevalecía el regusto de lo agrio.

Unos meses antes, aún le alcanzaba el temblor de antiguos días de gozo: unas uñas rojas y afiladas recorriendo su espalda, unos dientes que incendiaban sus carnes, la falta de manos con que acariciar, la falta de garras con que apresar… Marta, *ojos de gato*, la *pantera* Carmen, la agitada pelvis de Laura… Pero, según avanzaban los días, los recuerdos gratos se mostraban más de tarde en tarde y siempre con lamentos, hasta que llegó el día en que aparecieron de puntillas, descalzos, aligerados de peso, simples imágenes desahuciadas, sin pálpito, evanescentes, difuminadas… A partir de entonces, las evocaciones —borrosas, sucias, desvencijadas, sin alma— solo portaron dolor y desánimo.

La cercana autovía, en los extrarradios de Barcelona, arrojaba las luces de sus farolas contra los ventanales que le refugiaban. Los coches y sus faros se acercaban y se alejaban con su luz fugaz y deslumbrante, con el bramido nocturno de un animal salvaje. En contraste, el interior del piso de José Bonés se mantenía lúgubre, con tan solo una pequeña, deslucida y amarillenta bombilla en el rincón más alejado del salón y otra similar en la cocina. Bastaba esa bombilla para ver el sofá de cuero viejo con tajos en las costuras, para percibir las sucias y descoloridas baldosas del suelo, y para caminar hasta la pequeña mesa situada en mitad de la estancia, sobre la que se extendía un desgastado hule a rayas. Completaban el decorado dos sillas de madera, de saldo, con su cojín verde en cada una de ellas, y unas paredes empapeladas con filigranas en rojo y hueso, con rotos y despegados como viejas heridas mal curadas.

Eso era casi todo. Un poco a tientas, porque los coches escaseaban en aquellas horas y porque mantenía la bombilla apagada, se acercó hasta la cocina, dio al interruptor, tomó una sopa sentado en un taburete junto al fregadero, se echó unas migas de queso manchego a la boca y se fue a sentar en una silla de ruedas, de inválido, que usaba por desgana y desánimo. Esa noche apenas probó el vino.

Miró entonces el cuchillo, de hoja fuerte, ancho y afilado…; lo miró como se mira a una reliquia, con devoción y estremecimiento. Se puso en pie, lo tomó y volvió a la silla de ruedas, lo colocó entre las piernas y se dirigió hacia la mesa del salón. Poco a poco volvieron a aparecer los coches y las luces, convocados por la hora de las prisas y los atascos. El traqueteo de los vehículos al golpear las juntas del puente de la autopista le produjo un cierto malestar, incluso ira, y le sorprendió el deseo de golpear con saña a cada uno de aquellos conductores. Le sorprendió porque si bien alguna vez había sentido deleite imaginando actos de crueldad, en pocas ocasiones se los había permitido. Siempre había mantenido una recta conciencia moral.

Tal vez un último hálito de esperanza le hizo creer que, en aquel momento, a través de la cristalera, el mundo le tendía aún su mano. Tal vez…, en el instante último, el instante preliminar al suceso que devendría irrevocable, le dio por desgranar el racimo de los recuerdos en busca de algún dulzor. Tal vez estos le acudieron de nuevo en tropel, tal vez se le arremolinaron como hojas secas zarandeadas por el viento y, tal vez, se le fueron depositando pausada y dolorosamente en el suelo de la conciencia hasta formar un paisaje turbio y escabroso. Los amores y desamores, los escasos triunfos y los muchos fracasos, las esperanzas rotas, el engaño, su gran amor fallido…, tal vez fueran desfilando, sin remedio, como fétidas bocanadas de dolor y desánimo. Tal vez no acudieron en esta ocasión los celos, ni los vicios, ni el despecho, ni las humillaciones, ni el alcohol, ni las amarguras de la soledad, ni el resentimiento… pues todos ellos solían hacer su pútrido trabajo con nocturnidad, durante los sueños.

José Bonés sintió que todo estaba ya dispuesto y que solo la decisión faltaba. Tal vez entonces, en los instantes previos, la rugosidad del tiempo le trajo su última oración solemne, Ella y la idealidad de lo que pudo haber sido; Ella, con sus restos de ángel salpicados en un rostro de ennegrecida niebla. Ella y…, tal vez, inmediatamente, como reacción, el despecho, e inmediatamente la desesperanza…, un vacío inmenso engullendo la vida, tapando el mundo con su velo negro. Ella había matado a José Bonés mucho tiempo antes, aunque su muerte cierta iba a tener lugar ahora. También Ella, su mero y oscuro recuerdo, ayudaba a matarlo de nuevo, Ella empujaba el cuchillo. José Bonés apretó el mango: el aniquilador pozo de la melancolía ya estaba lleno; la sentencia era firme.

***

Juan Arlés, en cambio, apenas evocaba alguna cosa del pasado. Se dedicaba exclusivamente al presente. Una vida ordenada. Un negocio que exige discreción, disciplina, sangre fría y habilidad en la ejecución del cometido, pero que reporta muy buenos beneficios. Un negocio, o una profesión, más productiva en España que en Colombia, su país de origen, y, en fin, más segura. Los clientes contactan contigo a través de la Internet profunda o de anuncios periodísticos: te dicen el trabajo, las fechas, los datos, las aficiones, las características…, te proporcionan el domicilio y cómo debe llevarse a cabo el asunto. Al respecto, es importante actuar con diligencia y no aceptar encargos de gente que se muestre insegura. Un buen profesional no debe cometer errores.

Puede parecer *un trago difícil de tomar*, pero eso no ocurre si lo has *mamado* desde niño. En los comienzos, digo, te da por pensar en la familia del sujeto, incluso sientes culpa y remordimiento. También en los comienzos, suele suceder que ejecutas de forma imprecisa o que la sangre te produce escrúpulos…; en fin, si no se superan estas circunstancias prontamente, conviene no seguir en el oficio.

Pero si aguantas lo suficiente, puede resultar tranquilo e incluso monótono. Llegas a tu casa, te duchas, enciendes el televisor, y *a otro asunto.*

Juan Arlés nació en el barrio de chabolas que, encaramado sobre un alto cerro, domina todo Medellín. Nada más nacer lo dejaron junto a la basura (al orfanato lo tuvo que llevar algún alma caritativa), aunque más tarde supo que su padre fue un sicario de Escobar al que dieron muerte en una refriega con la principal banda rival, y que su madre fue una cualquiera de las que se acercan a los narcos para poder vivir. Sin cumplir aún los doce, empuñó su primer revólver y mató con él. Luego se agregó a una banda que trasladaba coca y hacía muertes por encargo. Allí llegó a ser alguien. No le faltaban agallas. Con el tiempo ganó en frialdad y firmeza, aprendió a leer en el oponente los gestos amenazantes, las turbias intenciones y los peligros. Aprendió cuándo recular y cuándo enfrentar, y aprendió a estar siempre alerta. Lo necesario para sobrevivir si las cosas no resultan irremediables.

Amores libres no tuvo, aunque sí por encargo; eso cuando ya tenía cierto nombre y mando y vivía en la casa grande de uno de los principales jefes del narcotráfico. Dos veces por semana venían las muchachas al husmeo de la coca y del dinero fácil en fiestas organizadas para desfogar un mucho el cuerpo y un poco el alma. Pero, en general, pasaba su tiempo en labores de protección o realizando venganzas o volando al Norte *por negocios*. El dinero le corría abundante.

La vida se le giró a causa de una disputa en la que liquidó a un pariente cercano del jefe de una banda rival. Los del cártel de Bogotá pusieron precio a su cabeza y dio comienzo la guerra porque su jefe lo protegió. Primero fueron escaramuzas y cambiar diariamente de estancia, pero no tardaron mucho en venir los muertos y las mediaciones y otra vez los muertos. Entonces intervinieron los gringos, y los políticos colombianos lanzaron contra el cártel los policías que no estaban en la corrupción, aunque todos lo estaban. Fue gracias a uno de ellos que se pudo esconder y se pudo venir

a las Rías Bajas; y aquí llegó, a la España del boom inmobiliario, poco después de que su jefe muriese acribillado.

Y pronto vio más seguridad y negocio como gatillo independiente que como narco. Una corta temporada en Madrid le hizo decidirse por Barcelona y la Costa del Sol; y se vino para acá, si bien no le hacía ascos a trabajar en cualquier rincón de España si la paga lo merecía. No tuvo problemas con las mafias rusas ni con las albanesas, pues sus negocios eran otros y había exceso de trabajo para todos. Siempre había un constructor que no había devuelto a tiempo un préstamo; o un político que pretendía engañar a un constructor; o un constructor que amenazaba con denunciar los turbios manejos de un político; o empresarios que jugaban sucio o que se disputaban una concesión. Así que no le iba mal, su cotización creció pronto y le permitió llevar una vida acomodada.

Por lo demás, había en él una rara necesidad de ofrecer cariño; pero, entiéndase, siempre con prevención, siempre con desconfianza, siempre en guardia. De ahí que prefiriera amantes *de alquiler* a embarcarse en amoríos: de ahí que confiara más en las que hacen la calle que en aquellas que exigen un ritual y buscan un certificado de amores. Eso sí, las trataba como princesas. Las vestía de gala y las llevaba a cenar a sitios caros y elegantes de la costa. Entrar en el restaurante como un caballero con su dama, sentirse, en suma, importante y reconocido, creaba en él la ilusión de ascenso social. Se veía a sí mismo con más mérito que aquellos altivos políticos y empresarios que alardeaban de lujo, pues él había partido desde la cuna más baja y miserable. De estatura media, moreno tirando a oscuro, un poco aindiado, bregado en muertes y peleas, resultaba chocante su gentileza con sus ocasionales compañeras, y tal gentileza no era fingida, como no lo eran sus caricias, prolongadas y tiernas, como si quisiera compensarlas por el cariño que a él le faltó. Pero cuando ellas comenzaban a preguntar y a tomarse confianzas y a hacer proyectos comunes, aparecía su prevención y pronto se rompía la compaña. Juan Arlés no se confiaba; aunque, en cierto modo, su exitosa estancia en España lo humanizó, y tal humanización podía no ser buena para el *negocio.*

En eso estaba: sin parientes, sin amigos, despachando amantes…; siempre alerta, siempre taciturno, siempre agazapado. Entonces le salió este encargo y lo aceptó. Todo esto ocurrió dos años después de abandonar Medellín.

***

La noche de autos Juan Arlés entró en la casa de José Bonés por equivocación. Tenía que acabar con el vecino de enfrente, el del 4.º E, pero debió anotar equivocadamente la letra y entró en el 4.º D, donde vivía Bonés. Le habían pagado diez mil euros por el trabajo, lo que era una cantidad apreciable dadas las favorables circunstancias del caso. Los datos señalaban que la víctima vivía solo, sin familia, y que la mujer de la limpieza iba dos horas diarias, por la mañana. A Juan Arlés no le extrañó la facilidad que presentaba el trabajo. Supuso que podía tratarse de arreglar una antigua venganza o de la disputa por una mujer o de terminar con un testigo o, en fin, de mil y una historias que no le importaban, y por esa razón no indagaba en sus circunstancias. Como buen profesional, solo procuraba por el trabajo bien hecho y por no dejar cabos sueltos.

Un profesional debe manejar bien varias disciplinas, no solo la del hilo fino de alambre o de nailon alrededor del cuello —que exige el momento adecuado, el lugar de la garganta correcto, la fuerza y la posición precisas…—, no solo, también, la disciplina de la navaja o de la pistola, con sus múltiples variantes en cuanto a dimensiones, peso, lugares de impacto y un largo etcétera, sino también la del sigilo, esto es, la del manejo experto de la ganzúa, de la palanca, la utilización de un buen silenciador, y una muy importante, quizás la que más: la de no dejar testigos.

José Bonés se encontraba ya dispuesto, con el cuchillo en la mano, con la decisión tomada, con el suficiente ánimo para morir. Entonces, a pesar de su habitual ensimismamiento y no obstante su acomodo al ruido de una cercana autopista, oyó el leve tris de

la puerta abriéndose, y escuchó leves pasos acercándose. Eso le distrajo de la intención anunciada. Casi se alegró. Se ha de señalar que el temor, cuando se está a las puertas de la muerte, se viste de atrevimiento. Bonés se giró hacia el leve ruido y las luces de la autopista le descubrieron al profesional, Arlés, en mitad de la habitación, sorprendido.

Estar habituado a los peligros faculta gran rapidez en el disparo de reflejos de todo tipo. Si la amenaza es inmediata y directa, el cerebro moviliza enseguida los músculos, los energiza y manda una señal de ataque o defensa. En cambio, si en las primeras décimas no se vislumbra amenaza, el cerebro se ocupa en organizar la información que recibe y la analiza; la trata de reconocer, trata de asegurarse de que no conlleva peligro.

Lo primero que le chocó al profesional fue el hombre de aspecto insignificante sentado en una silla de ruedas. Su cerebro dedujo: «No comporta peligro». Pero una cosa no casaba: aquel hombre y aquel piso y aquellos muebles no parecían poseer la entidad suficiente como para interesar a un cliente a pagar 10 000 euros por su desaparición. «Esto no es de mi incumbencia», pensó con rapidez. Se acercó pausadamente al hombre sentado sobre la silla de ruedas. Con movimientos enérgicos y seguros, de profesional, absorto pero atento a todo, se colocó unos finos guantes y miró de frente a José Bonés aparentando cierto pesar. No es lo mismo pechar con un hombre sano, joven y ágil, que con uno que parece ser inválido y que raya los cincuenta. Aunque se denigre este trabajo, existe una ética profesional; uno no puede evitar *sentir*.

La primera intención de José Bonés fue gritar, pero algo le detuvo. La segunda intención también la dirige el miedo: se pregunta al extraño —mostrando lástima— qué busca, qué quiere, quién es usted. Se formulan esas preguntas porque la parte del cerebro que maneja al miedo quiere identificar el peligro: «qué busca, qué quiere, quién es», y la conciencia, las repite como un lorito, esperando compasión. El cerebro, al fin y al cabo, quiere seguridad. José Bo-

nés iba a formular tales preguntas, pero, extrañamente, tomó la decisión (sintió la decisión) de callar, de no suplicar. Desconocía el significado exacto de lo que su cerebro había decidido, no lo podía entrever adecuadamente ni expresar aún con palabras. Le había sido impuesto por algún oscuro mecanismo mental. Seguramente tuvo que ver con la alegría salvaje que apareció de pronto en sus ojos. Tal aparente alegría detuvo por un instante a Juan Arlés.

—Amigo —dijo este, arrastrando las palabras, haciéndolas bailar como allá en Medellín—, te vas a morir riendo.

Con parsimonia, se acercó al ventanal y bajó las persianas. Desde un estuche que llevaba colgado al hombro sacó un fino alambre y un cuchillo de medianas dimensiones; se acercó al oído de José y con cierta dulzura le susurró:

—¿Cómo te quieres morir, amigo? Te recomiendo el puñal; el golpe bien dado es menos doloroso.

Los ojos de José Bonés mudaron su brillo; se tensaron los músculos de su cuerpo; sus mandíbulas se apretaron con violencia; su mano rodeó el mango del cuchillo que un instante antes le iba a matar… Y, un instante después…, respiró satisfecho, triunfador…, por primera vez en muchos años… feliz. Por vez primera probó el sabor extremo de la crueldad.

Acostumbrado a las muertes, no creía Juan Arlés que morir fuese tan simple, que produjese una sensación tan poco letal. Cayó, haciéndose un rebujo en el suelo, con el cuchillo clavado en el pecho.

Juan Arlés cayó como una rama rota y la incredulidad pintada en el rostro. En el momento de asestarle el golpe, sentí la extraña sensación de un salvaje y cruel gozo semejante a un derrame seminal. Gocé matándolo. Quizá por primera vez en mi vida me sentí fuerte, poderoso. Arranqué el cuchillo y lo volví a clavar en sus carnes. Me sentí vivo…; me sentí capaz como nunca me había sentido. En aquel instante se me abrieron las puertas de la esperanza. Ya no era una piltrafa. Me había demostrado que era capaz de matar y gozar. Una extraña lucidez vino a auxiliarme: sobre mi rostro pondría la máscara de

Juan Arlés. Una apretada máscara que moldearía mis carnes, que moldearía mi ser. En adelante sería Juan Arlés. En adelante seguiría realizando sus encargos. En adelante seguiría viviendo la pasión de matar, la pasión de tener a las víctimas a mi merced. Suplantar su vida me da nueva vida. Mi invalidez apenas es tal. Disparar, manejar el cuchillo o el hilo de acero son actos para los que solo se requiere pasión. Yo vivía, lastimosamente, de recuerdos; ahora VIVO.

Se encontró el cuerpo, se averiguaron los pormenores del sicario caído. Rastreamos la vida de José Bonés; encontramos una medio hermana suya; por ella supimos de su decisión suicida, supimos que había ejercido la psiquiatría unos pocos años —antes de caer en drogas y mala vida, antes de sus depresiones, antes de su paso por hospitales y de su prolongado encierro. Sujetas con diminutos imanes al frontal del frigorífico encontramos las notas que constan en cursiva. Tanto como nos fue posible, hicimos una pormenorizada reconstrucción de los hechos ocurridos y suplimos con plausibles suposiciones las reacciones y los motivos.

José Bonés salió a la calle. Todo cuanto le aconteció después nos es desconocido.

EL «NEGRO»

Si tu oponente posee un temperamento colérico,
procura irritarlo.
Finge ser débil para que se vuelva arrogante

Sun-Tzu*: El arte de la guerra*

Se ha marchado… «a dar una cabezadita», han sido sus palabras, pero ya le oigo resoplar. Lo que no acierto a comprender es que duerma en esa habitación contigua, pequeña y sin apenas mobiliario. Porque sé que su alcoba, en el piso superior, es enorme y está decorada con exquisitez. ¿Entonces? ¿Será para vigilar de cerca mi trabajo?, mejor dicho, ¿será para vigilar si cumplo con mi horario de trabajo? Pero no. No quiero ser mal pensado. Al contrario, le he de agradecer que me haya brindado este lugar; que me haya ofrecido el trabajar en esta enorme sala y me haya sugerido hacer uso de esta magnífica y cómoda mesa. Quizás sí, quizás el propósito de su ofrecimiento y de su estancia nocturna en ese pequeño dormitorio sea el de ejercer un control sobre mí. ¡Piensa mal de un burgués y acertarás! Porque ¡a saber cómo ha hecho el dinero para comprar esta casa!

Tendré que empezar a organizar el trabajo. Hasta el momento todo ha sido leer y tomar notas. Ha debido emplear años en recopilar tantos datos históricos y, claro, en escribir la novela. No está mal escrita. Se percbe en ella que el autor era novato y no ducho en estilos literarios, pero de no ser por su fijación en emplear un

lenguaje que imita el estilo y el lenguaje de las rihlas árabes de la época, lo que le resulta tedioso al lector, no es un mal trabajo. Aquí estoy yo para mejorarlo. Mi primera empresa en estas lides: de «negro». Ya llevo cuatro días en ello.

La otra novela que me ha dado a leer, El secreto escarlata, está mucho mejor trazada. Me dice que se la han publicado recientemente a un amigo, pero más creo que la ha escrito él. Algunas similitudes en los estilos me lo hacen creer. Sin embargo, en cuanto a calidad literaria, es otra cosa.

¡Corta «cabezadita»! Por los ruidos, parece que se levanta.

—Hola de nuevo, Enrique. No podía dormir. ¿Qué tal marcha la lectura? Dime lo que me tengas que decir. Con la verdad por delante. Por esa sinceridad tuya te escogí. Porque los dos rabiamos ante la posmodernidad de nuestros días, la ramera pudorosa empeñada en cortarnos la lengua y en cortar las alas de la imaginación.

He de reconocer que su cháchara me alegra a veces. No puedo evitar que este burgués me caiga en gracia. Sus pensamientos denotan inteligencia. Aunque está loco. Quizás sea su locura la que me hace gracia.

—Hola, señor Luis. No creo haber hecho ruido.

—No, no, por Dios, no has sido el causante de que no haya podido dormir. Además, me alegro de estar en vela. La tertulia contigo me resulta agradable.

Presiento que voy a resolver poca cosa esta noche. No le daré mucha cháchara, a ver si le viene el sueño y en cosa de una hora marcha de nuevo a dormir.

—He terminado la lectura de la novela que me sugirió leer, *El secreto escarlata.* Una gran obra.

—¡Ah!, ¿qué te ha parecido? La cambiante imagen de un individuo; una sucesión de etapas que van forjando un carácter altivo, cruel, soberbio… hasta que los vaivenes de los tiempos y las vicisitudes lo derrumban. Entonces aparece en él la cordura. Entonces se aparta de lo que había sido su mundo. Entonces recobra su humildad primera. Entonces aprende a vivir de nuevo.

Vuelve al esquema egotista que le caracteriza: inquiere mi opinión y ofrece él mismo la respuesta. Bueno, no le llevaré la contraria. ¿Por qué no lanzarle alabanzas si, como creo, ha salido de su mano?

—Me encanta su liquidación de prioridades, su dejarse llevar sin prejuicios. Ese tomar como firme agarradero la dispersión mental…; como si su interés intelectivo abarcase todos los asuntos, todo lo viviente, todo lo cognoscible. Dejando despejadas sus compuertas mentales para la entrada de todo tipo de conocimientos.

—Y también otras puertas…, ya me entiendes. La aparente simpleza con que se presenta socialmente tras el derrumbe de su previo y altanero egoísmo atrapa a las damas como la miel a las moscas.

¡Sonríe y los ojos le relucen pícaramente! Aún es bien parecido. Si fue apuesto y con dinero tuvo que ser un buen activo en fiestas y polvos. En la expresión de su cara aún quedan restos de ese cuajo de atracción que emplean los «guapos» con las mujeres. A ver si le saco algo a este viejo verde.

—Usted, señor Luis, ha debido de ser meloso.

—No tanto como el protagonista de *El secreto escarlata* en su etapa de madurez, pero uno siempre hace lo que puede, mejor dicho, lo que las circunstancias le permiten, le empujan o le dejan hacer. Recuerdo una noche en Palma de Mallorca…, pero bueno, no creo que tengas interés en mi vida pasada. No quiero aburrirte.

No imaginé que picaría el anzuelo tan pronto. Como los tiburones al olor de la sangre. No he conocido sujeto de personalidad tan cambiante. Calmo casi siempre, ayer mismo iracundo y gritón y hoy sátiro.

—Cuente, cuente.

—Imagina. Yo, con 18 años. Único camarero en un hotel restaurante turístico. Vuelos chárteres cada semana de francesas y danesas. Cinco jóvenes francesas me piden que las acompañe a un pequeño salón de baile… *boat* lo llamábamos entonces. Poco

ambiente. Unas cuantas parejas. Una de mis francesas, Beatrice, creo que era su nombre, me toma de la mano y comenzamos un baile lento. Me aprieto. Enseguida pone sus manos en mi pecho manteniéndome a distancia. Me susurra: «*Je suis fiancée*». ¡Por Dios!, nunca se me ha pasado por la imaginación forzar a nadie… No pasa medio minuto y ¡es ella la que, para mi sorpresa —increíble sorpresa— pega sus muslos a mis piernas y, ya un poco encendido, recibo su boca y su lengua hurgando por mis recovecos dentales. Seguimos bailando dos piezas más. Regresamos al sofá donde sus amigas se acomodan. Mala noche para la caza. La parroquia es escasa. Me siento entre ellas con aire triunfante. Echo mis brazos sobre los hombros de Beatrice como si fuera mi pieza. Suenan entonces las notas de *Je t'aime, moi non plus,* en la sensual voz de Jane Birkin. Se miran entre sí con complicidad. Beatrice, mi «ligue», me anima a bailar con la rubia de mi izquierda. La tomo por la cintura. Ella… me toma para sí. Cálida y semejante historia a la habida con Beatriz. Es decir, la misma historia con… todas ellas. Con las cinco. A mis 18 años, flipo.

»Mis brazos sobre los hombros de la rubia y de Isabel, de regreso al hotel. Delante de la puerta de mi habitación establecen concilio. Yo estoy medio aturdido. Tres de ellas me dan los tres besos de rigor, me dan las buenas noches y marchan. Dos entran conmigo en la habitación. Lo que pasó luego queda oscuro.

Envidio al muy cabrón. Quiero decir: envidio esa epopeya juvenil suya. ¡Y ha de ser cierta…, la cuenta tan de seguido y con tanta efusión!

—¡Quién hubiese sido usted!

—Las circunstancias, hijo, las circunstancias. No busques en mí un héroe. Tal vez mi inocencia de entonces… Te dejo trabajar, no te entretengo más con mis historias.

*Y*a me llegan sus resoplidos ¡qué facilidad para dormir tiene el muy petulante! Cada noche se mete en esa pequeña habitación, donde apenas cabe una cama, y cae en coma. Y yo aquí, en este enorme salón de más de 70 metros cuadrados: los cuadros, ese

bello piano, esta gran mesa, vetustos aparatos musicales, chimenea, vitrinas de porcelanas finas, una pequeña estantería con los libros que necesito para buscar datos, luminosos ventanales con filigranas de colores… uno se acostumbraría a la vida burguesa. Vuelvo a mi trabajo.

Quiere que en «su» novela se mantengan los personajes, que no se alteren las situaciones, ni los momentos, que no haya saltos en el tiempo, que los sucesos no cambien de lugar. Quiere que solo cambie el estilo, que sustituya algunas palabras arcaizantes, que dé fluidez a la novela. ¿Cómo concordar tales precisiones?

El nombre oculto de Dios tiene una exuberante abundancia de datos históricos y me ha sorprendido el interés narrativo latente en muchas situaciones del relato, pero el lenguaje es vetusto, repleto de arcaicas voces de origen árabe que son empleadas por historiadores y por traductores de obras árabes de la época medieval. ¿Quién va a leer una obra así?

Me ha confesado que pasó casi ocho años empeñado en la novela. Y no me extraña: relatar las andanzas de un medio judío-medio árabe nacido en el Toledo del siglo XII, que recorre el sur de Francia, que forma parte del séquito de Luis VII y de Leonor de Aquitania en su expedición hacia Jerusalén, que vive en Damasco y en Persia, que conoce al terrible Viejo de la Montaña, que atemoriza a Saladino y ve morir a Conrado de Montferrato a manos de sus compinches asesinos, requiere utilizar una copiosa documentación y un gran conocimiento de la Historia, cuando aún no existía Internet.

La descripción debería ser más lineal, el lenguaje, actualizado, algunas situaciones y algunos hechos sobran… En fin, ¡a ver cómo le convenzo!

Se le va la pinza a veces. Anteayer tuvimos una fuerte discusión por estas cuestiones. Se pone frenético. Estuve a punto de lanzarle su manuscrito y largarme. Le he escuchado hablar con los libros. No como algunos bibliófilos hacen, que les consideran como hermanos o hijos, sino más bien como si se tratase de jarrones de por-

celana finísima o de otro tipo de objetos artísticos de gran belleza. Les habla, los acaricia, se queda absorto ante ellos, sonríe evocando algunos de sus pasajes, expresa su desacuerdo con otros… Ayer mismo lo vi susurrando al lomo de Justine, de Lawrence Durrell, «Justine, Clea, Melisa, mis hermosas ninfas, suntuosos remedios para mi alma… os beso con mi corazón y con la yema de mis dedos». Me sentí como si estuviera en un manicomio junto un loco de atar, aunque estábamos en su biblioteca, en el piso de arriba. Varios miles de libros abarcando, yo creo, todos los temas habidos y por haber: ciencias, tecnología, literatura, psicología… Porque el maldito burgués ha trabajado como ingeniero de caminos, y eso da una pasta.

Me jode trabajar de «negro», pero de algo he de vivir. Reponedor de supermercado y camarero: tales son las dos grandes ofertas de trabajo que he tenido. Ni siquiera he podido entrar como conserje en algún organismo público con mis carreras de Lengua y de Historia. La verdad es que este tío me paga bien. No sé cómo se las arregló mi madre para buscarme este chollo… Que conocía a la mujer de un político que conocía a la mujer de un amigo suyo… ¡Quien no tiene padrinos no se bautiza!, dice mi madre. «Y tú ya estás en los treinta, espabila», recalca. ¡Ah, mi madre!, criarme sin ayuda alguna, darme estudios y comodidades, ¡qué bemoles tiene! ¡Y sacarse el bachillerato y estudios musicales suficientes para ser trompetista en una banda municipal!

Siempre se ha negado a hablar de mi padre biológico. Me temo que no sabe quién fue el tipo, pues algunos rumores me han llegado sobre su promiscuidad en sus buenos años. Luego se dedicó exclusivamente a mí. Aunque en ocasiones parezca que la vida tiene poco sentido para ella, casi siempre es capaz de destrozar los obstáculos a martillazos. ¡Todo un carácter!

Este Luis creo que tiene una hija en algún país de Europa a quien hace tiempo que no ve. Vive solo. Su mujer murió. La señora Catalina, rumana, que le hace la comida y le limpia la casa, y tal vez le limpie algo más, me informa.

—¿Qué le preocupa, señor Ballester, que lo veo cavilando con un achique de ojos propio de quien se afana en solucionar algún incordio?

¡Ahora me viene como un fantasma!, arremangado el pantalón hasta media pierna, una bata blanca y un jersey verde encima…

—¡Poco tiempo de sueño ha empleado! Estaba pensando en que tendría sentido darle otra mejor ubicación al primer capítulo del libro. Tal vez hacerlo aparecer más adelante, durante la estancia de El Toledano en Damasco, trayéndolo como un recuerdo de la infancia que se narra a sus concubinas, o tal vez exponiéndolo como un escrito encontrado por su hija en sus pertrechos de viajero. También resultaría adecuado abreviar algún pasaje. ¿Qué le parece?

—¿Que qué me parece?… No me parece. Haga usted con ello lo que le venga en gana y luego me lo da a leer. Entonces le diré qué me parece y atinaremos a saber si se ha de realizar el cambio o no.

¡Grosero, maniático, ve a asearte!, ¡y hazte un buen corte al afeitarte! No aparezcas por aquí en horas. ¡Menudo tono ha empleado conmigo! Bueno, le he sugerido cambios contra los que me había advertido, pero mi sugerencia tiene pleno sentido, y ya ayer conseguí predisponerlo para efectuar algunas alteraciones… No me lo esperaba. Bueno…, pienso prolongar la faena todo cuanto pueda… un año o más si es preciso… o me echas o prepara la cartera.

No me extraña que su hija no quiera verle. La señora Catalina me ha contado que Alicia, su hija, toca muy bien el piano… Allí está, en aquel cuadro, con su madre. Muy bellas ambas. Sin embargo, el parecido físico es con su padre.

No sé si es solo viudo o viudo reiterativo, pues si en sus años de madurez siguió dejando el mismo rastro de conquistas que dejó con las francesas, su colección de esposas, de amantes temporales, amantes fijas y amantes ocasionales ha debido ser inmenso. ¡Estos cabrones burgueses han sabido vivir a tope! ¿Cuántos años

tiene?… ¿70…, 72…, 75? Por ahí viene… ¡coño…, poco ha sido el aseo!

—Creí que ya te tocaba marchar. Ven, vayamos a la cocina a desayunar.

¡Caramba!, ahora me viene con simpatías. ¿Por qué me habría de negar si las tripas me zumban de mala manera y me resultará gratis el desayuno?

—Té negro, alubias, pan tostado, un huevo, foie gras, mantequilla y mermelada. ¿Es de tu agrado o prefieres otra cosa?

—No, ya me va bien, aunque no tomo alubias, por lo demás, estupendo.

La bata blanca de nuevo. Más bien creo que la usa en la cocina. Es hábil en el manejo de sartenes y cuchillos. Hasta el mediodía no acude la señora Catalina. Ah, pero debe ser fácil cocinar en una cocina como esta, tan espaciosa y con tantos utensilios.

—¡Hombre…, viva la revolución! Veo que todavía está presente la moda del Che en las camisetas.

¡A qué mala hora se me ocurre quitarme el jersey y a qué mala hora se me ocurrió ayer ponerme esta camiseta debajo!

—Solo soy un pobrecito socialista de nuevo cuño.

—Dicen algunas malas lenguas que un socialista es un comunista camuflado de demócrata. O como dijo Josep Pla… ¿conoces a Josep Pla?, que un comunista es un socialista cuando el Estado se ha apoderado de todo. Excúseme, no quiero ofenderle.

Menudo cabroncete, ¡que no quiere ofenderme! Aguanta. Con su media sonrisa burlona y tratándome de usted cuando quiere poner una barrera entre ambos.

—Un capitalista explota-obreros es lo que no soy ni seré.

—Bien, bien, no se me enfade… ¿Tiene usted novia? Excúseme de nuevo, es mera curiosidad, no tiene por qué contestarme, solo lo he preguntado para encender una conversación entre nosotros.

—Tengo una amiga.

—¿Con derecho a roce o no se dice así ahora?

A pesar de lo cabroncete que resulta, en algún aspecto el tipo me cae bien. Tiene el mismo tic que yo tengo, se entrelaza los dedos de las manos y hace girar el dedo gordo de una sobre el dedo gordo de la otra. Voy a tratar de que me hable de sus amores. Donde las dan, las toman.

—Tengo varias que se corresponden con esa descripción.

—¡Oh! Formar triángulos ya puede resultar peligroso, pero formar hexágonos puede resultar mortal de necesidad, aunque quizás sea causa de deleites que me resultan desconocidos.

¡Encima se me cachondea! Sigue.

—¿Qué mujeres prefieres en esa relación geométrica de amores, las lógicas, las analógicas o las mágicas? Cierto es que la mayoría de ellas son rompecabezas mágicos, pero las analógicas pueden proporcionarte gran deleite. Se muestran proclives a evitar los conflictos, por lo que la relación con ellas resulta tranquila y poco licenciosa. En cambio, la lógica tiende a competir contigo en cualquier asunto, y lo hace a la cara, lo cual es de agradecer, pero aun este tipo de mujer esconde la irracionalidad debajo de la piel.

Mis compañeros le tratarían de machista, pero algo de razón tiene en esto último. ¡Ha rebañado el plato a una velocidad de vértigo!, tal como si se dispusiera a hacer ejercicios orgásmicos ahora… Que no se me note la sonrisa, que me interesa estar en amable relación con él. Vuelve a la carga.

—Las mágicas son mis preferidas. Te sorprenden a cada instante y perciben detalles inexistentes al ojo masculino en casi todas las situaciones. Hacen como si sobresaltasen por las cosas más absurdas y se lanzan melosamente a tus brazos como si fueras su fortaleza y refugio. En ese grupo destacan las que tratan los misterios del amor con la gracia del que confecciona aromas y salsas deliciosas, y también las que realizan actos de magia con sus manos y sus miradas.

No me esperaba tal aluvión de romanticismo y de sabiduría mujeril. Se queda mirándome con una incógnita dibujada en los ojos, como esperando encontrar algo de valor en lo que juzgó previamente zafio o, al menos, corregir algo desajustado o mal escrito

en el libro de sus prejuicios acerca de los de mi edad, ¿Por qué no corresponder a su indiscreción con mi indiscreción?

—¿Se ha enamorado muchas veces o solo existe un solo amor?

—Oh…, personal y a la yugular.

—Correspondo.

No parece tomárselo a mal, pero en vez de responderme se ausenta y mira fijamente un rincón situado en el extremo más lejano del salón, donde unos cuadros con escenas de pájaros y naturalezas muertas parecen ser el reclamo de su mirada. Resulta curioso que ladee la cabeza hacia un lado al fijar su atención, que mire de cruzado cuando queda absorto pensando, tal vez, la respuesta que me va a dar. Es curioso porque es el mismo modo de mirar que empleo yo ante la pantalla del televisor cuando pongo especial atención.

—El estado de deseo obsesivo, esa mezcla de atracción, ilusión, pensamiento circular…, o, si lo prefieres, esa vorágine química de neurotransmisores y hormonas circulando por tu cerebro de enamorado, tiene una duración limitada. A menos que se den circunstancias extraordinarias como la muerte de la «otra» o del «otro» o su alejamiento forzoso cuando la pasión no se ha finiquitado o cuando aún no se ha «poseído», pues en tales casos el amor se mantiene incólume, como congelado, en el candelero de tu imaginación. Sin embargo, yo considero «amor» a otro estado mental, al que surge cuando sientes que formas parte de la otra persona, tal como si os ocupara un solo espíritu, como si una misma luz os habitase. Por tal persona, aun si el enamoramiento ha caducado, aun si en ocasiones sientes hacia ella bocanadas de odio y aborrecimiento, aun si la engañas con muchas otras, siempre volverás a refugiarte en el regazo de la convivencia a su lado. Porque, a pesar de que guardes muchos sinsabores, te reconoces en ella y no puedes soportar que sufra porque sientes ese sufrimiento en tus carnes, y tu gran ilusión será que te premie con una sonrisa.

Admito que estoy confuso. No sé si ha respondido a mi pregunta o no. Ni siquiera soy capaz de racionalizar si su perorata me produce admiración, indiferencia o rechazo. Ahora no estoy para

pedirle aclaraciones ni ejemplos personales (¿o los debería pedir para acorralarle?). Pero…, no. Se me abre la boca y se me cierran los ojos.

—Ya es hora de que me marche para poder volver descansado esta noche.

¡Qué cara de decepción! Tal vez esperaba seguir con su discurso amoroso.

—Quédate, quédate. Puedes dormir en la habitación de invitados de la planta superior. De esa manera te evitarás el largo trayecto de ir y volver, que cruzar Madrid a estas horas es un calvario. Catalina te tendrá preparada la comida —¡o la cena!— cuando despiertes.

Le cuesta subir las escaleras. Creo que es su pierna izquierda. Espero que sus inclinaciones sexuales no tengan que ver conmigo. Le tendría que parar ¡y de malas maneras!, con lo que pondría en riesgo mi trabajo… ¡Amplia y hermosa la habitación! Cuadros, colorido en las paredes ¡gran cama!, cuarto de baño adosado. Cierra la puerta al salir. Cuadro azul, cuadro rojo, cuadro verde. Ignoro si tendrán mucho valor, si los autores son conocidos. Una vida de burgués. Me vence el sueño…

Diez minutos para las cinco de la tarde. En el sueño, mi madre y dos zorros. El más joven rodaba por la alcoba mientras mi madre lo señalaba con el dedo. Hoy hace calor. ¿Qué hará mi madre en Valencia? Luego le enviaré un correo electrónico. ¡Qué pereza el tener que levantarse! En la novela (¡la escribió hace cuarenta años!) creo entrever ese extraño y definitivo amor del que me habló. Es el amor hacia Isabel, la cristiana con la que se crio en Toledo, hija del esposo cristiano de su madre, y con la que huyó hacia Francia y luego hacia Jerusalén en aquella infausta Cruzada. El Toledano expresa hacia ella la misma conmoción, ese aire de familiaridad, entrega, amor y reciprocidad que entreví ayer en la perorata que me lanzó sobre el verdadero amor. Y expresa lo mismo hacia la hija de ambos, Leila, de quien él se mantuvo alejado muchos años y que Isabel no llegó a conocer. Focalizaré

la atención en esas relaciones y descargaré la novela de hechos históricos y misterios iniciáticos.

Golpean en la puerta. La señora Catalina con una bandeja repleta de comida.

—Buenas tardes. Gracias. ¿Se encuentra el señor Luis en la casa?

No tendría inconveniente alguno en abrazarme a sus piernas y en reposar mi cabeza sobre sus pechos. ¿Cuántos años debe tener…, 45, 50? ¿Será su querida? ¡Qué me pasa! Si ayer mismo me hubieran dicho que una mujer de esa edad me encandilaría como esta me ha encandilado no lo hubiese creído. ¿Tan bien he dormido?

El cuarto de baño… de mármol. La ducha, placentera. ¡Me podría acostumbrar a estos pequeños lujos! Al fin y al cabo, ¡no son las ideas espejismos de la realidad!, pues cambiémoslas a nuestro antojo. ¿Se está resquebrajando mi fe en el socialismo?… Si pudiesen escuchar estos pensamientos, mis compañeros me dejarían de hablar. Lo cierto es que me empieza a agobiar tanto dogmatismo de redil. Frases hechas para saludar, para opinar, para debatir; sobre todo, para insultar al que discrepa. Como si me moviesen los hilos que manejan unas creencias que en parte me resultan ajenas. Lo cierto es que mi barbarie, mi incapacidad para admitir verdades que otros admiten como si tal cosa, ha sido causa de mis mayores adversidades. Eso, y mis reparos hacia las actitudes de rebaño. ¡El pueblo siempre tiene razón!, repite día sí y día también mi compañero Abel, ¡qué estupidez!

¿Y si aprovechando su ausencia echo un vistazo a las habitaciones de esta planta? Conocer a un burgués en su salsa. La biblioteca… me la enseñó hace unos días…, más adelante le pediré que me permita mirarla con más detenimiento. Esta otra, con apenas un sofá y dos mesas con gran cantidad de fotos enmarcadas… Numerosas chicas jóvenes y no tan jóvenes. Fotos antiguas. Él con ¿veinte, con treinta, con cuarenta años? Él en solitario y él acompañado de una de las chicas. ¿Han sido sus amantes? En tal caso las debió de

disponer aquí una vez fallecida su mujer. Esta foto ha sido recortada. Aparece él tomando a una mujer de la mano, pero la figura de la mujer se ha eliminado. Oigo abrirse la puerta entrada. Ha debido llegar. ¡Que no me coja husmeando sus secretos! Tampoco te apresures.

—Buenas tardes, o buenos días para ti. ¿Has dormido bien?

Vuelve a tutearme. Pues yo corresponderé de igual manera.

—Bien, he dormido bien. Y dispuesto a empezar. Te digo que he estado madurando acerca de la estructura general del libro y de poner el foco en ciertos personajes y limitar…

—Ahora no me interesa ese asunto. Sigue con ello.

Maldita sea, ¡qué desprecio! Ha debido tener una frustrante mañana. Trae el pelo revuelto y una chaquetilla como la de los toreros… ¡un disfraz de joven, vaya! Y ahora se acomoda en la otra mesa y se dispone a trabajar en ella. ¿Me va a estar incordiando toda la tarde? No estoy dispuesto a soportar sus cambios de humor. Ni se aclara. Deposita una pila de libros sobre la mesa. Desde aquí, me parece que algunos son de historia, alguno de filosofía… y hasta uno de física. El fulano está fuera de quicio. Sí, definitivamente, *El secreto escarlata* es obra suya. La soledad, la altanería, la soberbia, la dispersión mental del protagonista son rasgos destacados de su personalidad. Una obra autobiográfica. Solo que aquel protagonista se redimió y yo no veo la redención de este por ningún lado. Cierto es que *El secreto escarlata* está bien escrita. Entonces, ¿por qué me contrata para reescribir *El nombre oculto de Dios* o la *Rihla de* Yusuf al Tulaytuli (como subtítulo) si puede con solvencia llevarlo a cabo él mismo?, ¿la edad?, ¿ha perdido facultades recientemente? Desde luego, sus cambios de humor pueden tener esa causa, y la complejidad del libro le resultaría insuperable.

—¿Has leído *Imperiofobia y Leyenda Negra,* de Elvira Roca Barea?

—No, no es de mi estilo.

—¿No es de tu estilo?

Calla, aunque me mira con desdén…, casi con desprecio. Mejor no digo nada. Amigos que lo han intentado leer dicen que es una

fachenda. No le quiero dar el gusto de comunicarle mi intención de leerlo. Algunas muy buenas críticas he encontrado de ese libro en las redes. Este silencio tenso que ha impuesto me impide leer con atención y anotar una sola palabra. Va tomando notas de unos libros y otros. Los tiene plagados de pósits. Por la rapidez con pasa por unos y otros, adivino que los ha leído y subrayado profusamente, pero ignoro el propósito con que lo hace, ni siquiera sé si tiene un propósito definido o es un producto de su desquiciamiento… ¡Con qué desprecio me ha contestado! ¡Caramba, ahora parece cambiar de registro!

—¿Qué se te ha ocurrido con relación a la novela?

Ahora me viene con esas. Después de…

—Digo que habría que focalizar la relación en Isabel y resaltar los sucesos del camino hacia la Cruzada, resaltar el antagonismo de clases. Los caballeros y nobles, por un lado, y los campesinos desheredados que acuden con engaño en busca de un pedazo de cielo. Resaltar la intención de acrecentar el poder de la Iglesia mediante la Cruzada, así como ahogar descontentos y deshacerse de una parte de la población. Ya sabe (maldita sea, ¿por qué le trato de usted?), la lucha de clases.

—¿La lucha de clases?

¡Jodo, si las miradas fulminasen!

—¿Te refieres a ese invento de Marx, de las dos clases? Y, sin embargo, nunca define qué cosa es una clase y solo al final del tercer volumen del Capital reconoce —en unas pocas líneas—que clases hay muchas. Relaciones de poder, sí; jerarquías en conflicto, sí, pero… Además, se trata de una novela histórica, no de un folletín político.

¡Y tener que asfixiarme con las palabras que me callo! ¡Este viejo crápula y lelo! Me mira por encima del hombro, como a un subordinado. ¿Cree tener más conocimientos de historia y filosofía que yo? Habrá ganado mucho dinero, pero yo lo veo como un puto fracasado que a la vejez pretende ser alabado utilizando la pluma de otro. Utilizándome a mí, su «negro». ¡Le voy a joder la novela!

—Te quiero decir también que tendría que dar más entidad a la relación entre El Toledano y su hija Leila. O mejor aún: resultaría más apropiado que en lugar de una hija fuese un hijo. Con ese cambio se podría representar el conflicto padre-hijo, dándole un final adecuado, claro. Eso daría más entidad al relato. Un conflicto que reflejaría el complejo de Edipo, con toda su potencia psicológica.

—¡Qué me estás diciendo! ¿Cambiar el profundo amor de un padre hacia una hija que le ha estado esperando con inmensa ilusión durante tantos años…?, ¿cambiar la ternura hacia lo femenino por una pelea de gallos?… Y esa estupidez del complejo de Edipo… ¿por qué no añades también la «horda primitiva», la pulsión de Tánatos y otros inventos freudianos? ¡Coloca también en el orden correcto a un chamán invocando a los espíritus para que salgan del cuerpo del poseído, que es la esencia del psicoanálisis!

—A hacer puñetas. Me voy. No soporto sus desprecios, y no le digo lo que usted me parece *(no me puedo controlar)*. No sé si es tan iluso como para pretender desautorizar a Freud y a Marx, o es tan energúmeno como para intentar machacarme por cualquier sugerencia que le haga o cualquier cosa que le diga. Ahí se queda. Búsquese otro «negro». Y si no me quiere pagar… ¡púdrete con tu dinero!

Hale, a recoger mis trastos. Dejo el libro utilizado sobre la mesa. No dice una sola palabra. Ahí permanece, inmóvil, tieso. ¡Menuda la bronca me echará mi madre! Me cojo la mochila. Le escupo un adiós a la cara. El corazón lo tengo muy acelerado. Quizás hubiera debido permanecer callado. ¡Qué le voy a hacer, es mi genio! El caso es que me estaba cayendo bien. Las cabezas van como van. Oh…, me estoy poniendo cardiaco. Bueno, ya está. Ya en la calle… Una vecina me pregunta si me pasa algo. Me preocupa la desilusión que sentirá mi madre cuando se lo comunique. Parecía tan ilusionada con que aprovechase esta ocasión para ganar un buen dinero una buena temporada. Ya encontraré otro trabajo. Hay luz para todos.

No…, no puede ser… ¡qué tonterías me vienen a la cabeza! Que no, que es imposible… A ver la cartera… ¿Dónde tengo la

maldita foto?… La llevo siempre conmigo… Mi madre a los veintitantos hace treinta y algunos años. Cogida de la mano. Foto recortada. A él solo se le ve el reloj en la muñeca y la manga de un jersey azul. Mi madre de cuerpo entero…, con una blusa roja… En el cuarto de la exposición de novias-amantes… el retrato recortado… Él de cuerpo entero, con jersey azul… tomando la mano de una mujer de quien solo se ve…, sobre su muñeca, el color rojo de una blusa… ¡Dios!… ¿Qué es esto? ¿Un ardid? ¿Casualidad…? ¿Mi padre?… ¿Hacia dónde voy?